

## JUAN LUIS VIVES Y LA MADUREZ DE LA CONCIENCIA PEDAGOGICA MODERNA

### EVOLUCION INTERIOR Y PENSAMIENTO PEDAGOGICO

“Hagamos humanos los estudios humanistas”. — LUIS VIVES: *Tratado de la enseñanza*. Lib. VI.

Mientras circulaban en Europa del siglo XVI las pulidas ediciones de los clásicos paganos, tres nombres constituían el Triunvirato de la República de las Letras: Erasmo, personificación viviente del estilo, Budé, la invención y Vives el juicio. Consejeros comunes y autorizados de príncipes temporales y espirituales, ejercían el magisterio universal en momentos en que crecía la incertidumbre, el iluminismo escéptico y comenzaban a soplar los huracanados vientos de la Reforma Luterana.

Los hombres del 400 a fuerza de tanto leer y leer los libros antiguos y saborear los frutos preciosos de su propia actividad, han encendido nueva fé en la autosuficiencia del hombre, tras de crear la nueva grandiosa arquitectura de su intimidad, donde se alimenta fiebre de hacer y voluntad de descubrir.

Los del 500 dan decisivos pasos: salen de su amoroso conversar con los antiguos y se lanzan con ojos azorados a conocer la naturaleza real. Acaban de cumplir para sí el ideal proclamado por Petrarca, expresado en elegante latín por Bru-

ni y Vergerio: han estimulado su originalidad, su libertad creadora, su gusto por la vida espiritual y aspiran a trazar los derroteros a la historia, usando como *instrumento* los libros antiguos, más como trampolín mágico para encontrarse a sí mismos y despertar a la modernidad.

Tal acontece, precisamente con el docto valenciano que una tarde del 6 de Mayo de 1540, fúnebre cortejo, allá en Brujas, acompaña a su última morada. En “la ciudad literaria” amada como segunda patria, había convivido compartiendo preocupaciones de conciudadanos y burgomaestros, destilando hora tras hora, amorosamente, su inagotable sabiduría en los corazones juveniles, velando en las noches invernales bajo la lámpira antigua. Con unción podían decir: “¡No le acuses, oh pasajero, de haberle sido completamente extraño!”. No! Era “su” Brujas —isla de paz— en los tormentosos tiempos que corrían, donde había nacido a la inmortalidad literaria, tan amada por los humanistas.

Terminaba allí el aventurado viaje de su vida breve, con sus 48 años, cuando aún pareciera digno de alcanzar la edad patriarcal de los Guarinos, los Vitorinos y los liustres heraldos de la cultura de occidente renovada. ¿Cuántos dilectos frutos quedaron hurtados para siempre a la humanidad? Cual otro Benvenuto, había cincelado, pero dentro, atesorando saberes, sagacidad, penetración, espíritu de observación de las cosas y la realidad presente y de las necesidades futuras. Gustaba repetirnos: “No te precies saber lo que ignoras, antes procura aprenderlo de aquellos que enseñártelo pueden” (1). Apenas hacían dos años (1538), publicaba su “Tratado del alma”, “iniciación” según sus palabras desde el “conócete a tí mismo” socrático, a toda verdadera sabiduría! Más no la petulante de algunos, solo de apariencias, sino ésa profunda y llena de esa suerte de gracia rafaelina, que permite descender hasta la intimidad, mirarse por dentro, penetrarse mejor. De esa sabiduría que se conjuga en la capacidad de asir

---

(1) *Introducción a la sabiduría*. Madrid, 1913.

la huidiza realidad del acontecer interior, palpitante, viva y permite atisbar lejano mundo ideal; que liga la idealidad pagana y la concreta espiritualidad cristiana: ese saber que se sabe a sí mismo siempre en camino hacia mejor saber; y ama la belleza antigua tanto como el perfume de las virtudes profundamente humanas.

Asomados a su vida, veamos como traspone, grado por grado, las etapas de su pensamiento, pasando del escolasticismo al humanismo y al realismo moderno.

---

De ilustre ascendencia paterna y aún más ilustre materna, nació Vives en Valencia el 6 de Mayo de 1492, y en la calle de la Taberna del Gallo —hoy Luis Vivos— pues él mismo nos lo recuerda en sus *Diálogos* (*Leyes Ludi*) (2), cuando pone en boca de Centellas, hidalgo valenciano que irían hasta allí para pasar por la casa de Vives. El año era sin duda para España de singular significación: Colón, el navegante infatigable, equipando bajeles con joyas regias descubre mundos insospechados y el pequeño, andando el tiempo cambiaría el casco de guerrero paterno por la boina de humanista y la espada por la pluma del estilo, sabría conquistar para sí otro escudo distinto al paterno de los Vives del Vergel con su siempre viva, y otros mundos ignorados del espíritu para las letras hispanas. Pertenece a esa “Nueva Nobleza” que pregonara Petrarca, —la del espíritu—; será arquitecto del gigante puente intelectual que une la España tradicional con los tiempos modernos.

Evidentemente el culto hogar tuvo sobre él influjo decisivo.

Allí estaba la vidente madre, con sangre de poetas en las venas —Ausias March, el Petrarca Catalán— que despertó temprano y para siempre su “ardor intelectualis” Oh! Cómo la recordará el hijo ya escritor, saboreando ese recuerdo

---

(2) *Diálogos*. Elic. Espasa Caple, pág. 23.

santo y ese su perenne empujar y demandar de él laboriosa y activa vida. Y también estaba el padre, hidalgo y militar (3) que le enseñara a gustar de la prosa antigua y de los secretos del arte de combatir, que *despuntará* después en gallardar metáforas y críticas, como aquel “peleó con espada de plomo” aplicada al pesado dialéctico y sus malas artes.

Desde sus “Diálogos” —tan elogiados por Azorín y usados como texto en México y Lima, a fines del siglo XVI (4), podemos asistir al momento mismo en que el padre lo llevó al maestro y le dijo: “Descúbrete hijo, y dobla la rodilla como te han enseñado”. (Y al maestro- “Te traigo este hijo mío para que de bestia le hagas hombre”). Pues a diferencia de Roscio, el perrico gracioso, del Diálogo, había oído decir al padre, lleno de fé en la educación “El no puede hacerte hombre, y tú, *puedes, si quieres*” (pág. 28, Diálogos). El voluntarismo petrarquista sale a flor de labio.

También los sabrosos y costumbristas diálogos, con su gustoso sabor a cosas de la tierra y de la época, nos invitan a presenciar —tal la plasticidad—, su primera lección sobre las letras latinas y la clase de escritura con las plumas de aves que debían afilar primero. Era la “Schola”, aclara, lugar de “juegos literarios” que les permitirían “aprender a hablar bien”, y “ser diferentes de las bestias”; más lugar de juegos donde no faltaban carnes magulladas sino, cuando el *buén* maestro perdía la férula!...

Después de aprender las primeras letras, ingresó al Colegio de la Universidad de Valencia, fundada por Alejandro VI, pues Jaime I, no cumplió su promesa, después de la reconquista, de erigir en ella estudios generales. (5). La bula lleva fecha 23 de Enero de 1501. Y quedó definitivamente constituida la Universidad, estableciéndose en ella Gramática, Poe-

---

(4) M. E. VALENTINI: *Erasmus y Vives*. Instituto Cultural J. V. González, 1934. Buenos Aires

(5) BONILLA y SAN MARTÍN, *Ob. cit.*, Vol. I, pág. 45.

sía, Lógica, Filosofía Natural y Moral, Metafísica, Teología, Derecho civil y canónico, Medicina y Cirujía.

El régimen interior severo, ordenaba levantarse todas las mañanas al toque de campana, las cuatro, y estar listos para las 5. El doctrinal “de menores” era iniciado por el maestro o “camber”. A las 6 comenzaba la clase de Lógica, sobre el Organon del Estagirita. La física servía de base a la Historia Natural. Por las tardes desde la una, se sucedían las clases de Poesía, Arte Oratoria, Filosofía moral. Diariamente se practicaban los ejercicios de disputa. Vives era sin duda de corta edad y fué de los primeros en disfrutar tal enseñanza y severo régimen. No importa pues que el destino lo llevase a Valencia y no a Alcalá, donde Nebrija dictaba clases en el claustro fundado por el Cardenal Cisneros, o que no estudiase en sus libros que circulaban 10 años antes del nacimiento de Vives. Menos importa que su maestro de Gramática Jerónimo Amiguet enemigo de la nueva cultura le haga debutar como “escolástico” y “disputador”. ¡Ya él con su ingenio agudo hallará el camino de modernidad!

¿Qué circunstancias lo llevó, con sus 17 años y su ingenio vivo a París; ¿Fué la peste que asoló sus lares o la brillante tradición parisina y sus 30 cátedras universitarias? Los estudiantes jóvenes debían inscribirse en la lista de un maestro de su país, en procura de explicaciones y alguna ayuda material. Fueron escogidos Gaspar Lux y Juan Dullard, posiblemente en el de Montaigú (aunque alguien sostiene que el fué el Bauvais o el Navarra). El primero era especialmente atractivo para los españoles. Al decir de Durkheim (6), todo, inclusive el nombre de la casa, era “agudo” allí. “Mens acutus, ingenium acutum, dentes acutis” (por el hambre habitual), era proverbio corriente. Todo era sí, agudo, menos la higiene: a todos los vientos lo gritarán Rabelais, Montaigne y el mismo Vives, cuando describa cómo pululaban ciertos animales que brotaban de la tierra parisina. (Diálogos).

---

(6) E. DURKHEIM, *L'evolution pedagogique en France*. Paris, 1938.

No eran más renovados los maestros que los de Valencia. Pronto infiltráronle desprecio por la gramática y entusiasmo por la dialéctica, diciéndole: "Quanto eris melior grammaticus, tanto peior dialécticus". El sagaz valenciano comienza presto a dar muestras de penetración en las disputas y realiza progresos sorprendentes. A los tres años, (1512) después de dar solemnes y brillantes exámenes de licenciatura, recibe su título. Pero también empieza ya a sentir la pesada atmósfera parisina como asfixiante: había visto muy de cerca las terribles enfermedades que aquejaban a los estudiantes licenciados, a los profesores de bastardo saber y los métodos rutinarios en que están encastillados.

Busca otro clima espiritual. Marcha a Brujas. Allí se dedica a la enseñanza privada con fervor creciente y trabaja febrilmente. De tanto en tanto retorna a París. Desde ese instante erige en lema de su vida: "Es preciso aprender mientras quede una cosa ignorada", y trabaja sin darse reposo. Sus discípulos le substraen muchas horas y qué discípulos! Guillermo de Croy, futuro obispo de Toledo, Carlos de Montjouy, Diego Alderete —futuro traductor de Jenofonte, Tucídides, Plutarco—, el poeta Fernando de Villegas, el teólogo Pedro Mahucena, Nicolás Wotan, Jerónimo Rufald, Jaun de Valencia. En ellos despierta el amor a la socrática sabiduría y acrecienta el fervor por las virtudes estoico-cristianas, la prudencia, de rango tradicional que desde el Néstor de Homero a Séneca, había sido ensalzada, el destierro del orgullo arrogante de quién piensa en otra infinita sabiduría y que es impulso a buscar y sin tregua. "Huye, solía aconsejar, de aquellas artes que son contrarias a la virtud". Cuando en 1514, escribe el pulido estilo latino "El triunfo de Cristo", después de una corta estadía en París, emprende ya un camino que recorrerá hasta el fin, logrando cada vez más renombre y fama.

Cuando desde 1514-1519 lo encontremos dictando clases en la Universidad de Lovaina, comentará no sólo Historia, sino también a Plinio, las Geórgicas de Virgilio. Ha aprendido a gustar el encanto de leer libros antiguos y saborear la be-

lleza de la forma, más se siente atraído ya por el *contenido*. Por eso lee y comenta con calor y devoción en lecciones públicas a Pomponio Mela, el geógrafo que Willian Nossen no pudo comentar por expresa prohibición y de Legibus y Senectute, gustando despertar sus alumnos a la reflexión social y jurídica.

El flamante humanista entrevé ya nuevas rutas.

Muy pronto empezará a leer, también, en el gran libro del mundo preludiando a Montaigne, Galileo, y al gran Descartes. Anhela quizá marchar tras la verdad. Con Sócrates comienza, allá en Lovaina, a decirse para sí: “La obra acabada de una buena educación es sentirse impelido y confortado en el deseo de percibir y conocer *la verdad*”.

Es precisamente en 1519 que sale de su pluma una obra de gran resonancia y significación, el opúsculo “Pseudo Dialecticus”, suerte de aguafuerte insiciva, del efecto agostador de la discusión sofística sobre el avance de las ciencias, que precede en un siglo casi al “Advancing of Learning” de Bacon (1620).

“Las discusiones detienen el progreso de las ciencias, matan el espíritu de investigación, entronizan la ignorancia”. Se desprecia el verdadero saber y la verdadera cultura latina y griega, pues creyendo conocer a Aristóteles corrompen su pensamiento”. Tras la niebla de la sofística se destruye la lógica natural, instrumento del pensar y aprender lo que no se sabe. Acusa rotundamente a los dialécticos de ignorar la ciencia natural, de haber reducido la Física a la contemplación abstracta de la naturaleza, así como de no usar los mejores métodos para las demás ramas del saber; matemáticas, historia, jurisprudencia, medicina.

Señoramente apunta a sus contemporáneos, apartándose totalmente del escolasticismo y la sofística: “Los concursos aumentan los altercados, tumultos, las enemistades; y lo que es más original, busca el talento armas contra la verdad; emplea toda clase de artimañas y rodeos para mejor vencerla, en vez de someterse a ella”.

No terminará hasta poner en boca de Espúdeo, en sus Diálogos: “Este venció a sus compañeros con el soborno y la astucia”, y condenarla por nefasta, impía e indigna práctica. “Resultan más suspicaces y malévolos muchos de los concurrentes, mejor y más instruído ninguno”. (“Tratado de la Enseñanza”).

No es sólo crítica. Es un programa. Dentro del humanismo actúa ya con límpida visión del más allá. Siente intolerable la “Jerga” que ni los mismos consocios del claustro perisino comprendían; no representan expresión de pensamientos: es sólo una sobrecarga de preceptos oscuros, silogismos, aposiciones, conjunciones, explanaciones, verdaderos enigmas para niños y viejos — decía con incontentida indignación. “Si Cicerón levantara la cabeza — sentenciaba — no comprendería una palabra”.

Pronto expresará su fin: “el primer deber del hombre es el hablar”. . . “pero ha de fluir de una fuente”. . . exigía. Y esa fuente era el *pensar*. Se iniciaba ya en su edad de pensador. No quiere más quedar en las palabras, aun cuando bellas. Tampoco en la Lógica que él identificaba con la dialéctica de esa época, aunque comprendía que era una mala lógica y anhelaba una mejor: “Una buena lógica, exacta, es útil, pero debe despojarse de toda sobrecarga que oscurece e inutiliza el pensamiento”. No sin pena constataba que “ni la dialéctica ni la retórica son artes verdaderas”, sino simples “instrumentos”. Con amargura asegura: “La enseña mejor la naturaleza que los preceptos”, al satirizar el afán de los incansables preceptistas.

Celoso antiformalista, agregaba: “No ha de olvidarse que son instrumentos y no pueden absorber todas las ramas del saber.”

Su evolución intelectual se cumple a pasos agigantados. Ya en 1519 había revelado hasta dónde alcanzaba su crítica certera y su programa. En el Tratado de “Causis Coruptorum artium”, escribe: “Es de admirar que confesando ser la dialéctica el instrumento de las demás artes, emplease “dos



años en París en su estudio y apenas uno para las demás partes de la filosofía: natural, moral y metafísica"... "Muchos en toda su vida, por larga que sea, no son otra cosa que Dialécticos". Había que emanciparse de la tiranía de las palabras y los silogismos, cultivar desde las fuentes el pensar propio. ¡Magnífico y novedoso programa!

Tal era el joven Vives cuando después de conocer a Erasmo hacia el 1516 estrechó a partir desde el 1518 su amistad personal, siendo colegas en Lovaina en la Universidad o el Colegio Trilingue de Buslein.

El estilista de Rotterdam, en "su medio día de esplendor", venerable, vocero del humanismo europeo, con sus 48 años de labor, el hombre cuyos libros toda España leía, que aún batallará largos años por la cultura. Vives con sus 26 años escasos talentoso y erudito, sagaz, fino, personal, terso prosista recortado en el ritmo mental, severo y profundo de Séneca, pero ya moderno, nuevo.

El gran Erasmo escribe a Moro: (1520) "Aquí tenemos a Luis Vives, que aún no ha cumplido veintiseis años, pero a pesar de ser tan joven, no hay parte de la filosofía en la cual no posea un conocimiento que sobrepasa en mucho a la masa de estudiantes. Su fuerza de expresión es tal, hablando o escribiendo, que no conozco nadie que pueda ser considerado su igual en el presente". Añade "Vives hará palidecer el nombre de Erasmo" (?). El "oráculo" no puede equivocarse: El joven erudito saludado por los eruditos como sabio, pisa ya los umbrales de la inmortalidad personal terrena.

A poco deja de ser meramente profético el juicio; es realidad. Asombrado el mismo Erasmo escribía otra vez a Moro: Es de carácter sobremanera filosófico. Aquella diosa, la fama, a quien todos sacrifican, pero pocos con éxito, es sobremanera despreciada por Vives. Sin embargo a tan feliz ingenio, y tan notable erudición, no puede faltarle la Fortuna".

No se llevó el viento las palabras del docto. Tallado por

---

(1) MARCEL BATAILLON: *Erasmo et l'Espagne*. París, 1937.

dentro, Vives no se marea con el miraje de la fama. Modesto orfebre de su metal divino, todo humildad, saborea por dentro la sentencia de Teofrasto; “Todo aquello que sabemos es una pequeñísima parte de lo que se ignora”. ¡No quería padecer la enfermedad del siglo: ¡la pedantería!

Repitiéndose con Séneca: “Muchos pudieron haber alcanzado la sabiduría a no creer que ya la poseían”... lo encontró muchas veces la autora aún bajo la lámpara antigua, pluma en mano sin reposar aún, bajo las pieles de su capa de invierno, flaco y pálido, como el erudito de sus Diálogos. Siempre corriendo tras el mayor bien: la sabiduría: la sabiduría que se condensa en *prudencia* y es “Conocimiento de todas las cosas de la vida, que nos sirve para usar bien todos los momentos, lugares, asuntos”; y, “llevar el timón ante las tempestades de las pasiones, impidiendo que arrojen la nave humana contra los escollos” escribirá preludiando al gran Descartes.

Y aunque crezca la fama en derredor, no lo inquieta el seso.

A veces menudea la crítica y viene del mismo Erasmo. ¿Sus “Comentarios a la Ciudad de Dios” de San Agustín, no agradan al maestro? ¿Reprocha no haberse esforzado bastante en buscar efectos de estilo? Respetuosamente defiende su modo de pensar: “Le pido maestro, que no me apremie Ud. a luchar por la reputación o gloria personal. Porque yo afirmo solemnemente que estas aspiraciones mueven menos de lo que Ud. pudiera creer. Yo quiero atesorar para el bien público”.

Y la hora del triunfo llegará más presto que lo que sospechara el mismo Erasmo, Los comentarios empiezan a circular, y Enrique VIII, el nuevo protector tras la muerte del discípulo purpurado, el de Croy, escribe a Vives desde Greenwich (21 de enero de 1523): “Excelente varón y amigo muy querido: han llegado a nuestras manos, los libros de la Ciudad de Dios de San Agustín, ilustrados con tus comentarios. Gran placer hemos tenido al recibirlos, y ahora dudamos a quien debemos felicitar primero: a tí, a cuya labor se debe tan

egregia producción; a San Agustín que mutilado y oscurecido en otro tiempo ha sido restituído a su pristina integridad; o a la posteridad que tanto fruto obtendrá de tus comentarios”.

Lange, en juicio más substancial, advierte: “Fué en verdad una obra extraordinaria, en la cual aparecen innumerables elementos de la cultura antigua, en todas las esferas, manejadas con prodigiosa memoria y superior erudición, llenando aquellas páginas disertaciones de toda suenta, sobre Historia, Mitología, Arqueología, Filología, en suma de cuantos ramos de conocimiento es capaz un hombre de cultivar”.

Con San Agustín, recibió impulso su evolución interior y la personal propensión a Platón, influjo que se nota en el uso que hará en adelante y magistralmente en el campo de la realidad interior psicológica, para trazar en el “Tratado del alma” descripciones vivísimas, plásticas del odio, del amor, de la envidia, los celos, el orgullo, que le otorgarán el título de padre de la psicología moderna, acercándolo al tipo de psicología que desde Brentano llamamos empírica.

Pero entretanto, el aplauso de doctos, teólogos, eruditos, católicos y protestantes, fué total. Crecía su renombre en el mundo intelectual. Muerto Nebrija, en Alcalá se piensa en Juan Luis. Mas Erasmo, tras haber triunfado en la España de Carlos V, hubo de acudir a la sombra del trono imperial, después del Edicto de Toledo. ¿Qué hacer después de Worms? Los acontecimientos indicaban que podía peligrar la paz amada, propicia al estudio en su Flandes. No acepta tan honroso ofrecimiento, máxime cuando su purpurado discípulo había muerto.

Pasó a Inglaterra, donde Enrique VIII, Wolsey. Tomás Moro, Catalina de Aragón le brindan veneración. Su actividad es enorme: dicta cursos en Oxford, que lo otorga el birrete doctoral en derecho civil; es nombrado preceptor de la Princesa María, futura esposa de Felipe II, y escribe las dos obras más directamente vinculadas con la cultura española: “La educación de la mujer cristiana”, célebre, como observa Baillon, por sus invectivas contra la literatura inmoral y su

no menos famosa "Introducción a la filosofía". Además dedica una Epístola de Ratione Studi a la Princesa y otra sobre idéntico tema al hijo del Conde Guillermo de Montjouie.

La idea dominante en el tratado de educación femenina, que no place mucho a Erasmo, es como lo observa Woodward (8), la futura matrona, piadosa esposa, madre e hija. Debe moverse en una atmósfera de pureza y fina cultura, ser lectora inteligente, más no de los temidos romances de caballería, según la negación rigorista-platónica, por que "ni instruyen ni guían la conducta, conquistan un público ocioso, donde el espíritu acostumbrado a tan empalagosos postres azucarados, no puede nutrirse de alimentos más sólidos". (La crítica es común a los romances caballerescos en toda la literatura erasmiana que conducen en una línea recta desde Vives o Cervantes).

En cambio permitirá leer Séneca, Plutarco, Xenofonte, llenos de sugerencias morales y pedagógicas; también Cicerón y Platón, para cuya digestión imaginase no poca penetración. No faltará la Biblia ni ciertos trabajos de "medicina práctica" —dice pomposamente cuando sólo son meras nociones de enfermería y algo de arte culinario. Con rigorismo idéntico al de San Jerónimo († 420), excluye la música y la danza.

Indiscutiblemente no es la obra más a propósito para ver su modernidad, que sólo despunta en el afán de estar dedicada a la educación femenina, no erudita ni aristocrática, aunque latina, aunque tal vez inferior al nivel bastante generalizado en Europa del norte, de la mujer belga que se dicen tan listas para sustituir, ya entonces, al esposo en los negocios reales; y evidentemente menos elegante y florido que el realizado por Vittorino en Margarita y Cecilia, las hijas del Marqués de Mantua. Parece que la única preocupación fuera la formación del *juicio moral*.

Tras breve estadía en Brujas, donde contrae matrimonio con la nunca bastante alabada por sus virtudes, Margarita

---

(8) WOODWARD, *Pedagogia del rinascimento*. Vallecchi, Firenze.

Valdaura, hija de la virtuosísima Clara Cervent que con la madre carnal Blanca March, forma el triángulo feliz de mujeres de ideal moralidad, Vives retorna a Inglaterra y escribe su "Introducción a la sabiduría" de gran resonancia en la tierra natal.

El estilo aforístico domina. Aspira a promover la búsqueda de una sabiduría toda interior, hecha de humilde recogimiento, de equilibrado espíritu de justicia. Exige acendrado celo en el juzgar nuestras obras con adusto ceño y con benevolencia las ajenas. Su voz paternal se oye dentro, en la intimidad de la conciencia; es a ella a quién procura despertar. Su tono general puede medirse por algunos pensamientos que me permitiré transcribir: "No sean tus palabras pregoneras de tu saber, ni hagas alardes extemporáneos: tus obras deben dar a conocer tu sabiduría si ella existe". "Estima en más lo que calladamente juzga tu conciencia, que el voto de la loca y necia muchedumbre; la conciencia es el verdadero testimonio de lo que cada uno es"... "Si quieres ser sabio, trabaja por serlo; la erudición se edifica con tres instrumentos: ingenio, memoria, estudio".

¡Cuántas de sus reflexiones debieran ser reimpresas en letras de fuego! Son quintaesencia de sabiduría y de la más honda, sincera, trashumana. A ratos parece Séneca redivivo, actual, como asomado a nuestros tiempos de miseria interior y apresurado y fácil vivir de apariencias.

Retorna cargado de fama y de pesadumbres de Inglaterra, cuando la ruptura de Enrique VIII y Catalina de Aragón: la injusta conducta del monarca amigo lo amarga de verdad, después de haber estado a su lado y brindado su consejo en las contenciones con Carlos V, mediando entre ambos monarcas para llevar la tranquilidad y la paz a los espíritus.

En una de las tantas escapadas de Inglaterra a Brujas, había conocida Vives a Ignacio de Loyola, según refiere Sacchini, en la Historia de la compañía. (1525), que luego alabará sus "Ejercicios espirituales" que sustituirían en España Enquiridión de Erasmo, demasiado frío e intelectual.

Sale de la pluma incansable del erudito valenciano una de las obras más originales y valiosas, el tratado de "Subvencione pauperum" (1525).

Con ella decididamente, Vives marca una etapa realista: se ha asomado a mirar la realidad social y al ver las plagas que aquejan a los hombres salidos del medioevo, enfermos por dentro y por fuera, moral y físicamente deshechos, como aquel varón, padre de su fiel esposa, tullido, enfermo, carne de pestes vergonzantes o de aquellos simuladores sin nombre, que dilapidaban los paupérrimos hospitales, proponía un sistema de previsión y asistencia social completamente moderno.

Al madurar su conciencia de humanista, sagaz, observador, abre sus ojos ante el mundo real, y con paso firme y seguro marcha hacia el realismo sensístico y empírico; presiente los grandes temas del pensamiento y la ciencia moderna y planta la pedagogía en medio de la realidad psicológica del educando, apuntando a lograr la eticidad que no encontraba, al parecer en la humanidad de sus tiempos: "Hagamos humanos los estudios humanistas", repite con acento desesperado.

Cuando en 1528 Erasmo escribe su Diálogo sobre los "ciceronianos", apuntando críticas destructoras contra el humanismo estetisante del que él mismo no logró salir, Juan Luis abre rutas insospechadas: Hay que buscar el saber que el hombre necesita para vivir y perfeccionarse.

Lee aún los antiguos bien encuadernados con cubiertas de cuero y manecillas de metal, como nos los describen sus Diálogos, pero sabe ya que la realidad que le rodea es muy varia, que la vida y sus mil juegos ponen al incauto en peligro de zozobrar, por falta de experiencia, como al príncipe niño (el futuro Felipe II), y dando un viraje firme y consciente, se erige en defensor de la experiencia y el contacto con la realidad.

Al levantar los ojos tras los hombros de sus contemporáneos, escruta el horizonte y descubre que la fuerte esencial para el progreso de las ciencias y las artes está pospuesta por las disputas y la rutina.

Madura la reflexión tras cuasi cuarenta años de urgar textos antiguos, él que ha corrido toda su vida tras el ideal de humanista —el buen latín— y ha logrado ser un hombre lleno de todas las ciencias de su época, empieza a sentir insuficiente y egoística la mera contemplación, el “saber por el saber” digno de la fusta y la censura. Tan insubstancial como el afán de los ciceronianos que apuntara Erasmo, porque sólo se afanan por la nombradía personal. Ansía una ciencia que transforme y eleve la humanidad del hombre. Humanismo sí, pero no el superficial y retórico. Humanismo de verdad, para humanizar —elevándolo— al hombre, a todos los hombres!

Con profunda amargura se dice: “¡Son tan diversas y frecuentes las necesidades de la vida actual!” “Urge referir las artes no a cualquier fútil entretenimiento, sino para aplicarlas”. Ha empezado a morder dentro la voluntad de transformación —perfeccionando— la realidad exterior. No quieren que zozobren los hombres por falta de ciencia, que es “experiencia acumulada”.

Y él, contemporáneo del genial Leonardo —(1492-1519), sin conocer sus preocupaciones científicas entrevé la estructura realista— sensorial de la observación científica y su realización, como paciente suma de observaciones de hombres que se acumulan y reeditan.

“La noción que el hombre adquiere, se dice, viene de los sentidos”. “Los sentidos son nuestros primeros maestros” y “en ellos está como encerrada el alma”.

“El hombre de un grupo de hechos aislados, forma una ley general”. ¿No es poner las bases psicológicas de la inducción? Pero es que también pone las bases genéticas-históricas y lógicas del método científico. Anticipándose a Bacon, cuyo *Novum Organum* tardará aún noventa años, (de 1521 es el *Tratado de la Enseñanza* y de 1538, el *Tratado del Alma*), ya Vives se apercebe que “las artes nacen por Observación unida al razonamiento”. Había que sustituir las disputas dialécticas, y la rutina de la física sofística, por la experiencia y la observa-

ción. “Recojamos, exclama, muchos experimentos y observaciones, de modo que puedan observarse en ellos reglas generales”. “Si alguno de los experimentos no concuerda con las reglas, ha de anotarse la razón de que así ocurra”, más “si no se conoce la razón y existen algunas desviaciones, deben anotarse”! ¿Qué más enseñarán las famosas tablas de Bacon?

Y el problema pedagógico se plantea con idéntico realismo gnoseológico y social. Había que salvar a la humanidad de la tiranía de la ignorancia, esclavitud la más negra y pesada!

Al releer críticamente la República ideal y la Política de Aristóteles, con sus duples pasajes de valoración a la democracia y a la monarquía macedónica, que harían pensar en un desplazamiento de su fé ática en la democracia-circunstancial, como ha revelado Jäeger en su crítica del texto, controla teorías y realidades. ¿No había charlado largamente con el moderno autor de utopías (9), su amigo Morus? ¿No se había asomado muy adentro del alma de los magnates de su siglo— Carlos V, Francisco I, Enrique VIII? ¿podía poner su fé en la regeneración de la nobleza por la educación? “Tan corrompidos están por lo general los sentimientos de los soberanos, tan ensorberbecidos en su grandeza, que no hay medio alguno de reformarlos con sanos remedios” (Tratado de Enseñanza, lib. VI). La ejemplar virtud de Luis, el Santo rey de Francia del siglo XII, singular coincidencia de suprema virtud y suprema autoridad, soñada por el Santo de Aquino, no era regla, sino excepción!

En su escepticismo aristocrático, llama a la concordia a doctos y administradores de la ciudad: “Hay que cuidar —escribe— que los ciudadanos se auxilién y no sea ninguno abrumado por la pobreza”; hay “que observar con cuidado el espíritu de sus conciudadanos, si es sano y susceptible de educación, pudiéndoles servir de algún provecho, no rehuya al

---

(9) THOMAS MORE: “*Utopi*”, Edic. Apolo. Barcelona 1937.



trabajo” y “lo emancipe de la tiranía de la ignorancia, esclavitud la más negra y pesada”.

Tal el terreno absolutamente personal, modernísimo, que pisa Vives.

Y al meditar con vistas a la transformación de la realidad, el problema de la escuela pública, aparécele con transparencia inusitada, en pleno primer tercio del siglo XVI, y no por celo fanático como Lutero, sino por puro y desinteresado amor a tornar realmente humanos los estudios, públicos sus beneficios.

¿Donde han de establecerse las escuelas? —se pregunta—. ¿Han de pagarse con rentas públicas? ¿Quiénes serán los maestros? son verdaderos problemas que demandan meditación. Más también interesa al psicólogo penetrante cómo se ha de ajustar la enseñanza al ritmo personal del alumno e intentar conocer sus capacidades y vocaciones; cuáles serán los métodos, el contenido, las etapas de la enseñanza. El libro II<sup>o</sup> del “Tratado de los Estudios” (1531), es un esbozo completo, el primero en el tiempo de la escuela popular, sobre bases psicológicas. Al releerlo hoy, surge la pregunta de Lange: “No cabe explicar la escasa resonancia y aún el silencio que durante tanto tiempo ha rodeado el nombre de Juan Luis Vives, uno de los reformadores más ilustres de la ciencia de la educación”.

Señalado a justo título “gran preceptor de la aristocracia”, es el primer hombre moderno que se plantea en toda su extensión la exigencia de la escuela popular, la escuela de *todos*. Comenio la estructurará mejor el siglo XVII y Pestalozzi, al poner la idea de la educación humana popular en el centro de su dramática existencia y darle el calor de su corazón apasionado, se instituye en padre de la escuela moderna; más Vives es su vidente precursor, medita reflexivamente y echa sus cimientos.

Prolijísimas reflexiones le merece el sitio propicio para el crecimiento corporal y espiritual de la niñez. La ansia apartada de ruido perturbadores, de la atmósfera viciada de ta-

lres y diversiones disipadoras y piensa al fin en el campo saludable por el aire, la alimentación abundante y la quietud que al espíritu trae. Claro es que es un ideal no realizado, pero precisamente pone el medio de tornar no aristocrática la educación. Funk Brentano (10) debería releer aquella página para ver “que el mismo sol alumbrará a todos”. Con pena comentaba: “Es preciso que los que se consagren al estudio, gocen de buena salud”, “no del todo hemos de despreciar el cuerpo”. Y aseguraba: “Es un deber cuidar que tengan buenos alimentos”, de otro modo podría suceder —y esto es lo grave para él— que espíritus bien dotados, pero desprovistos de bienes de fortuna, se vieran forzados a renunciar a la ciencia que por ellos estaría tan bien cultivada”. Preocupado por el problema de extender los beneficios de la cultura a *todos*, decía: “El pobre debe aprender a filosofar, para que parezca menos gravosa la pobreza”, pues no sin pensar observaba: “No siempre los ricos se dedican a los estudios, sino a otras diversiones”. Se entrecruzan razones corporales —como el futuro Locke— y sobre todo sociales. Además hay celo científico en sus reflexiones sobre el lugar. El mismo se defiende de la extensión que le merecen: “No es de extrañar tal esmero para elegir sitio de nacimiento y desarrollo de la sabiduría —clama— cuando empleamos tanta solicitud en procurar alojamiento a las abejas para que produzcan mejor miel, cosa bien inferior a la ciencia!”.

En un plano de dignidad y severidad trata el difícil problema del personal y aboga por lograrlo de alguna experiencia docente, por lo menos ante auditorios numerosos y para juzgar la capacidad del futuro docente, propone que entre los auditores estén a veces personas competentes para apreciarla. Tres condiciones exige para su elección: “no sólo saber mucho, para enseñar bien, si no tener aptitud y habilidad necesarias”. Más también “amor profundo a las letras que haya de enseñar”, y actuar con gusto y carácter especial que no

---

(10) “*El Renacimiento*”, pág. 72, edic. B. Cultura.

será ni el arrogante ni el colérico. ¿Qué más puede erigirse hoy al buen maestro? Eternos arquetipos de perenne inspiración por su acendrado desinterés y suprema elegancia espiritual, son para Vives, Sócrates y Jesús. El maestro apóstol debe revivir ese espíritu ejemplar. “Vosotros sois —repite— la sal de la tierra, la luz del mundo, y si la luz se oscurece, quién podrá ver, qué cosa saldrá?”.

Anticipos en su época, hoy lugares comunes, eran aco-  
tados por primera vez en una obra seria: tal la remuneración equitativa del maestro, que sin sumir la incertidumbre económica al noble propulsor de la cultura, no despertase la codicia de los malvados hacia tan sagrada misión; todo lo medita y prevé hasta la exigencia de dejar sin educación ni aún a los adultos, “que deben ser conquistados para la cultura por el personal inteligente”. A una escuela bien gobernada no sólo habrían de acudir los niños, sino aún los viejos, como refugio, huyendo de las tempestades de la ignorancia, proclama en su raptó de optimismo y fé en el anhelo humano por la cultura.

Pero donde su pensamiento lo empuja a ser verdadero precursor de la corriente psicológica del siglo XVIII, es cuando exige al personal docente serio y sistemático conocimiento de la capacidad, temperamento y vocación. Y después de sostener que en reuniones periódicas se de cuenta de las observaciones sobre la perspicacia, capacidad de juicio, memoria, etc. de los educandos —echando las bases de la escuela diferencial modernísima—, señala que es errónea, la tendencia la reducir uniformemente a una “unidad de tiempo” el aprendizaje. “Nada hay tan desigual, como esa que parece tan igual”, llegando pues a prescribir cambios para el lento, para el duro de oído, para el ciego!...

Lleno de convicción y celo docente, escribe: “Nadie es tan poco inteligente que no saque provecho alguno de la enseñanza, siempre que se le atienda con cuidado, como han de conducir los maestros a sus discípulos”. Y todavía propone la iniciación con juegos, propios anuncia, para manifestar el

ingenio y las dotes naturales, pues la espontaneidad de ellos dejan mostrar el aroma y vigor natural. “Las dignidades y el juego, repiquetea, son piedras de toque de las almas”.

La base de la relación docente, será para este renacentista, heredero de Dante, el afecto paternal: “El amor del maestro será como el de verdadero padre”. Suyas son también estas palabras: “La benignidad de trato engendrará fácilmente el cariño; la bondad de los preceptos y una vida intachable, el respeto”... Sabor enteramente nuevo resuena en estas sus palabras: “El educador ha de ser maestro de almas”. Oh, cómo sabía su celo docente de ese fervor del maestro de verdad!

Anticipándose a Montaigne, apuntaba como último y supremo fin de los estudios el tornar los “jóvenes más instruidos y mejores”, por eso dolióse tanto cuando constató que de las disputas dialécticas ninguna salía “mejor y más instruido”; y desterró de la escuela de los niños y los jóvenes las inacabables discusiones.

Y él, el erudito valenciano que sabía que “no sólo hemos de leer los libros antiguos”, más también el libro de la naturaleza y de la sociedad, asienta sobre una doble fuente la marcha y el contenido de la enseñanza, el saber de los libros y la experiencia, humanismo y realismo, mas no armonizados o conjugados en un mismo plano.

“Por los libros hemos de saber todas las cosas, más “no sólo por ellos”.

El famoso capítulo VIII del “Tratado del Alma”, lo erige en el fundador del realismo empírico, cuando escribe: “son los sentidos los primeros maestros. en los cuales está como encerrada la inteligencia”. Y más adelante, en el IX de los capítulos, torna sobre el tema, pero desde el plano pedagógico, para sostener: “La marcha del aprendizaje, va desde los sentidos a la imaginación, y de ésta a la mente, como pasa en la vida y en la naturaleza”.

Su realismo es sensístico, no sensualmente grosero: “El

hombre sabe otras cosas totalmente ajenas a lo que cae bajo los sentidos”.

Y mientras exige experiencia y generalización cautelosa para las ciencias, pide que se enseñe siguiendo “una marcha lenta” y “se llegue a la meta despacio” (cap. VIII). “En la enseñanza de las ciencias se ha de reunir muchas experiencias”, repite. También solicita reflexión, cautela, luz de la razón, pues nota que “junto al conocimiento de los sentidos”, “que conocen las cosas presentes, hay otras que obran sobre la imaginación; y “vienen a la reflexión que investiga en el interior de la mente”. (Cap. IX). Evidentemente, Vives, mirado desde la pedagogía es el verdalero Galileo, anterior a Galileo, título que ha ostentado hasta el presente Comenio que tanto ha cosechado en la obra del valenciano.

Algunas páginas inolvidables de su obra acercan tanto sus palabras a algunas páginas cartesianas, que sin discusión posible, lo hacen precursor de su pensamiento: “Llamo conocimiento a la percepción que nuestros sentidos reciben hallándose en buen estado y siendo adecuado el medio; bién que conduzca a ella la *razón evidente*, tan unida a la naturaleza de nuestra mente, que nadie deja de admitirla”. Por donde Vives señala la ruta y el uso de la intuición racional que es propia del hombre, y sin duda cultivada por la educación.

Más su fina penetración crítica, lo ha conducido a Bonilla y San Martín, no sin gran derecho a sostener que es un precursor de Kant, no solamente por la incisiva distinción de cómo “la razón obra en el interior de la mente” ora como razón especulativa (sacando de lo concreto y particular, lo general) ora como razón práctica (cuando tiene el bien por fin), sino también por haber comprendido antes que Kant que la experiencia misma requiere para conocer la existencia del entendimiento; todo a posteriori, requiere un apriori. (mas sin duda es aún más evidente —observa Bonilla —la analogía de la doctrina vivista con el sistema kantiano en lo que toca a la distinción entre fenómeno y noumeno). (vol 11, ob. cit. pág. 23).

Acreciéntase la modernidad y penetración del pensamiento vivista, cuando sorprendemos en el mentado autor su sensibilidad al problema de la validez y límites del conocimiento que tanto ha preocupado al hombre moderno, aconsejando discernir entre “ciencia firme e indubitable” y una “cierta presunción y opinión”, sensibilidad que hay que despertar y cultivar en los jóvenes, acostumbrándolos a anotar los resultados de las observaciones y conservarlas aún cuando no nos den resultados claros, tal como las hemos realizado, esto es si dudosas como dudosas, pero fielmente.

“Las ciencias nacen por observación unida al razonamiento”, sostiene, y él que al asomarse a los anales de la historia humana sabe que la rutina y las disputas han retardado el progreso de las ciencias, emprende su prédica en favor de las *excursiones de observación* por una parte, y por la *educación del juicio* por otra.

Sorprendamos las dos frescas páginas que ponen su pensamiento de relieve:

“No repares en acudir a las tiendas y talleres, preguntando a obreros y aprendiendo las cosas de su oficio, cosas que desdénaban hacer antes los doctos, por lo cual quedó ignorado aquello que importaba a la vida”. (Las páginas que Rabelais escribe, después de 1535, ya carecen de novedad tras las de Vives).

Y vamos al otro pensamiento: “El juicio como calidad innata de la prudencia no es susceptible de enseñarse, pero puede ser afinado y perfeccionado, leyendo los autores que sobresalieron en aquella calidad”. Señala algunos historiadores (desde este instante han dejado de ser meros modelos de estilo), y algunos filósofos eminentes en la finura de juicio. Notemos, que Montaigne, al abrir el “mundo” como libro ante el escolar, para educar el juicio, ha marchado más acá de Vives, pero no *sin* Vives.

Veamos, ya para redondear el panorama del pensamiento pedagógico del celebrado autor que en cuarto centenario de su muerte ve crecer más y más su valoración, mientras el

“crepúsculo” y sus sombras va cayendo sobre el nombre de su gran contemporáneo y amigo, Erasmo, como en fino estudio mostrara Dámaso Alonso.

Distingue el incansable escritor de Brujas dos tareas educativas: “una coloca en nuestras almas un saber”, como ocurre al transmitir un idioma nuevo: la otra “saca del entendimiento lo que ya estaba en potencia dentro”. “Quién enseña —asegura— no hace cosa distinta del sol al sacar los gérmenes de las semillas, las cuales ciertamente, saldrían por sí mismas, pero no tan fácilmente”. Goethe no pondrá tanta fé en la heteroeducación, más trasparece con claridad meridiana como la autonomía toma su delantera a la heteronomía, en Vives, aunque en la obra pedagógica se conjuguen y armonicen ambas.

Humanismo y realismo, sensualismo y racionalismo, autonomía y heteronomía, libros y experiencia, escuela y vida, conforman en nuestro autor un singular e integral humanismo. Se deben leer los libros antiguos, pero se ha de “saber ver con atento mirar”, las cosas del cielo y de la tierra, astros y plantas, animales y piedras, lo externo y lo interno, el pasado y el presente. Su humanismo está sediento de saber de ciencias. El programa es total. Vives busca en el fondo el “erudito” —como él mismo—. Otra vez Montaigne, tras él entreverá la meta a que apuntaba Vives en sus últimos años, pero sin lograr salvar las redes de la “erudito”. “Formar el hombre” —como anota en los Diálogos—. Montaigne sobre su misma ruta podrá decir: “El hombre discreto antes que sabio”. (Descartes dirá sencillamente, lo importante en que piense por sí mismo, y Rousseau recortará desnudo su “educar el hombre libre”... pero tras ellos se levanta quién encontró el camino).

VIVES se anticipa a su época, pero no logra salir completamente de ella. Le queda el lastre pesado de la erudición, ideal del siglo. También le atrapa, todavía, demasiado mucho el amor al buen latín, aunque ya inicia la valoración del vernáculo.

Comparte aún con los doctos de su siglo su valoración por

el latín —idioma universal, magnífica posibilidad de comunicación entre los doctos— y aún gusta de la tersura del estilo, por eso sostiene que la escuela “debe consagrar al niño a aprender latín puro, mientras no madure bastante su entendimiento para aprender otras cosas”... Y luego arrastrado por su nuevo amor realista: “Cuando llegue el joven a madurar algún tanto en edad e inteligencia, iníciase en el conocimiento de las cosas y de la experiencia. puede examinar con mayor atención las artes y los inventos humanos en cuanto se refieren a la navegación, a los vegetales, al reino animal”...

Es como un hacer en dos planos, latín primero, ciencias después. (recién Comenio logrará la articulación debida).

Empieza por el latín, en la escuela, pero el idioma vernáculo es para él valioso y deben procurar los padres en la casa y los maestros en la escuela, que los niños pronuncien bien el idioma patrio y adquieran facundia compatible con sus años”. Ya sabe Vives que el idioma es un instrumento de comunicar el pensamiento y presta su asentimiento y aplauso al idioma nacional: “Nosotros debemos aplaudir una buena sentencia expresada en buen francés o español”... “Cada lengua tiene un hermoso contenido interior a modo de tesoro” y es ese “Tesoro” que debemos conquistar, pues “si prescindimos del contenido, los idiomas se tornan sonidos”. Ha superado sin duda la postura de los anacrónicos ciceronianos, y abierto un rumbo nuevo. ¿Que queda en el dintel? ¿Qué importa! Ya vendrán tras él Montaigne y Descartes, a señalar el I<sup>o</sup> cómo el latín, en cuyo aprendizaje gasta la juventud quince o diez y seis años, no los ha tornado ni más juiciosos, ni más sabios”, resolverá conformarse con “un buen francés”. Y entretanto Descartes que dió entrada en el mundo filosófico al vernáculo, vocará desde las “Investigaciones a la luz de la razón natural”: “Un hombre honesto no estará más obligado a saber griego o latín que suizo o bretón”. Comenio y Pestalozzi lo inaugurarán en la escuela del pueblo.

La originalidad de Comenio radica en haber fundido en un sólo proceso palabras y cosas, aún realizada como en dos



planos y tiempos en Vives. Más el célebre pensador moravo debe al de Brujas, bastante más de lo que pareciera indicar las cinco veces que con alto elogio lo recuerda. Más de veinte pasajes —y de los más valiosos— tienen marcado sabor vivista, aunque la organización de la escuela vernacular y la tarea educativa sea ya totalmente orgánica. La escuela latina comeniana, no es otra cosa que el gimnasio de Sturm y Loyola, largamente inspirada en el gran valenciano.

Su complejísima y polifacetada mentalidad deja entrever en su enorme producción, cómo el renacimiento no es “mero acabamiento del medioevo”, sino radicalmente ruptura, inversión de valores existenciales, que orientan al hombre moderno a recorrer la trayectoria vital en pos de una perfección terrena, humana, de todos como seres humanos.

Ya en él se entrecruzan como en un haz problemas y soluciones que luego los más grandes ingenios de los siglos venideros representarán con mayor pureza y claridad, no siempre con tan bizarro equilibrio.

Efectivamente: la centuria que corre entre la muerte de Vives, 1540 y la muerte de creador de la ciencia experimental moderna, Galileo, 1642 es el siglo de la Didáctica Magna, el *Novum Organon*, el Discurso del Método. El incansable cincelador de su propia sabiduría, que se ha anticipado a tantos pensamientos fundamentales de los eminentes pensadores, debe ser reconocido *padre común del pensamiento moderno*, vidente precursor de la pedagogía del XVI al XVIII. Reivindiquemos para él, el título que Faggi otorgara a Comenio, y llamémosle “Galileo de pedagogía”.

CELIA O. DE MONTOYA

